

Enrique Molina

Saludo y exhortación

A los jóvenes de la Asociación Cristiana que se reunirán en el campamento de «El Tabo» en febrero del presente año.



VAIS a encender esta vez vuestro fuego sagrado, jóvenes de América, en las márgenes del Pacífico, en tierras de un pueblo libre y hospitalario. Bienvenidos seáis. Estad seguros de que en el corazón de cada chileno sois objeto de una cálida bienvenida. Las brisas de la costa de Chile y las bellezas de su mar y de sus suaves colinas os la harán sentir a cada instante.

Peregrinos que traéis como principal equipaje vuestros sueños, llegáis a un país donde los sueños florecen al calor de la libertad. No tiene ésta más límites que los aconsejados por la razón para que no sea falso y bastardo emblema al servicio del capricho, sino senda abierta para el cumplimiento del deber, ruta por donde el espíritu creador puede realizar sus obras.

Por el credo de la noble Asociación a que pertenecéis, vuestros brazos deben extenderse a estrechar

toda la humanidad; pero sois a la vez trozos separados del alma aun dispersa de América que como los seres del mito de Platón buscan, por medio del amor, completarse la unidad.

Ya no cruzan los cielos del Nuevo Mundo únicamente cóndores, ni resuenan en sus selvas tan sólo chillidos de monos y papagayos. Se ciernen sobre el ámbito del continente las voces inextinguibles de sus héroes, creadores de patrias y forjadores de estructuras más amplias para el porvenir: las de los que esgrimieron la espada como San Martín, Bolívar, Sucre, O'Higgins, Carrera y Artigas, y las de los que hicieron arma del verbo y de la pluma como Camilo Henríquez, Bello, Mitre, Montalvo, Lastarria Martí, Rodó y tantos otros.

Vosotros figuráis entre los depositarios de esta sagrada herencia, ¡oh jóvenes! y ella impone deberes de conservación de lo ya logrado y ánimo y esfuerzo para ir a la conquista de lo que resta por alcanzar.

Creemos en el futuro de América y esta creencia generalmente compartida es un viento favorable, siempre que pongamos nuestro ahinco en saber aprovecharlo. Sin esfuerzo no se hace en las grandes construcciones nada que valga la pena.

En el actual conflicto que desgarrar al mundo las naciones americanas han tomado una actitud decidida al lado de los que defienden el régimen de libertad y democracia contra las dictaduras nazi-fascistas. Defender la democracia es no sólo proteger formas de

vida pública y privada incorporadas en instituciones que nos son queridas sino defender también un ideal. Lo es la democracia perfecta a que aspiramos al frente de la democracia llena de defectos en que vivimos. La democracia, dentro de las líneas de una concepción pura, se presenta como el ambiente más adecuado para la realización de los ensueños de justicia e igualdad de oportunidades que acucian a los hombres; pero lo que bajo su nombre se ha concretado en la historia desde la edad ateniense hasta nuestros días ha distado mucho de satisfacer a los que, sin ambiciones bastardas, la quieren de veras. Y en nuestra América Latina, donde se ensaya una de sus últimas encarnaciones, cuánta comedia o tragicomedia se desarrolla a la sombra de sus nobles principios. De aquí que tenga decididos críticos e impugnadores que la hacen responsable de cuanto mal sufre la sociedad. Según todas las perspectivas los dictadores serán vencidos; pero dentro de ellas mismas las naciones vencedoras continuarán albergando enemigos de la democracia. El camino para hacerlos desaparecer no consistirá seguramente en perseguirlos sino en corregir los defectos del régimen. ¡Qué amplio campo se halla abierto en este sentido a las juventudes de América. Trabajar por el mejoramiento de la cultura en todas las esferas, desde aquellas en que el vicio sume sus raíces en la pobreza hasta las en que las frivolidades, a menudo también viciosas y además ociosas, florecen con la opulencia.

¿Se trataría, por acaso, de señalar con lo dicho sólo la persecución de ideales políticos? Ah, no! La concepción democrática encierra un núcleo riquísimo capaz de constituir una filosofía completa, la filosofía fundada en el respeto a la personalidad humana y en la busca de su más perfecto desarrollo. La religiosidad sin bondad íntima es gazmoñería y el progreso sin reconocimiento de los valores del espíritu es funesta decoración teatral engañosa e inconsistente. En cambio, el acendramiento sincero de la personalidad lleva a encontrar para la vida una de sus más altas expresiones. Y cuán a menudo el mundo no nos ofrece nada mejor.

El cultivo de nuestras personalidades se halla aquí entrelazado en forma dramática a los destinos de América. Somos frutos de ella y a ella debemos servir. Qué de instrumentos y oportunidades favorables se nos brindan para este fin que viene a significar también la realización más acabada de nuestra propia existencia individual. Nuestros idiomas, particularmente el español, figuran entre los más ricos del orbe. Es una bendición de nuestra historia, no repetida en otra parte del planeta, que desde Río Grande del norte hasta el cabo de Hornos se hable un solo idioma sin más interrupción que la del portugués en el Brasil, por lo demás muy semejante. Conservar esa preciosa unidad sin perjuicio de ligeras diferencias de expresión con colorido local o regional, es un imperativo nuestro. Qué calamidad sería que el tiempo nos trajera en sus sorpresas un idioma argentino, otro mejicano, otro co-

lombiano, otro chileno, otro peruano, otro uruguayo, y así para cada pueblo de la América Hispana. Habríamos perdido el inestimable órgano que tenemos para entendernos mutuamente y una de las expresiones más acabadas de nuestra unidad espiritual.

Pero esos idiomas nuestros, a pesar de su abundante vocabulario y de las posibilidades de sus giros, no ocupan todavía el lugar que podría corresponderles en el mundo occidental. Debemos dárselo con el crecimiento de nuestros estados y con nuestras creaciones científicas, filosóficas y literarias.

De los tesoros que encierran las entrañas de América y de las oportunidades que ofrecen no hemos sabido aprovecharnos hasta ahora debidamente y aventureros, técnicos y capitales extranjeros han venido a hacerlo por nosotros. Con lo que ha surgido la tragedia del imperialismo, efectiva en otros tiempos más que ahora y en algunos países más que en otros, pero que es a la vez como mandada a hacer para muy destempladas y huecas declamaciones. Sufrieron, sin duda, en años anteriores las extorsiones y los abusos de la «diplomacia del dólar» los pueblos del mar antillano y en menor escala otros alejados de sus riberas. Ha habido explotación y la hay, ¿cómo no verlo?, de pobres indios, de rotos y pelados, aunque no siempre ejercitada por instrumentos de algún imperialismo sino por los propios privilegiados de cada país.

Imperialismo es la dominación que ejerce un estado sobre otro por medio de la fuerza. De esto no se pue-

de hablar en la América Latina, sobre todo después de la adopción de la política del buen vecino por el gobierno de los Estados Unidos. Que tengamos que sufrir hegemonías industriales y comerciales es otra cosa; pero éstas no se combaten con declamaciones sino con superaciones. Los hispanoamericanos somos por ahora, en lo general, civilizados para consumir y primitivos para producir. Conocemos, estimamos y deseamos el confort y los halagos de la vida civilizada, pero no nos procuramos eso por la acción de nuestras manos en nuestros propios talleres y fábricas. Por falta principalmente de técnicos y de recursos financieros tenemos que traerlo de fuera o esperar que extranjeros vengan a hacerlo entre nosotros. Además, cómo falta la disciplina para el trabajo en nuestra gente, que se manifiesta en ausencia del sentido de la responsabilidad, en desconocimiento de la necesidad de la preparación y en el fácil declive a confiar con ánimo ligero en que cualquier cosa se puede hacer improvisándola. Y qué de energías se pierden en algunos países nuestros por los estragos del alcohol y de otras causas que marchan parejas a esa plaga,

Es fe de nuestros espíritus que en la América se ha de desarrollar una nueva forma superior de la cultura occidental, pero no esperemos que para realizarla se repita el milagro de las horas del Génesis en que bastó que el verbo divino dijera «hágase la luz» para que la luz fuera, ni en que nos llegue esa edad feliz como un tranquilo sedimento traído por el río del tiempo.

Si no ponemos toda nuestra alma en la faena del destino de América ésta permanecerá informe o sólo medianamente expresada. Para ello debemos hacer del trabajo nuestra devoción. No es el trabajo castigo del hombre sino su redención. Nuestra oración íntima debe ser trabajar sin otra mira que el afán de hacer las cosas bien, como trabajan los verdaderos artistas y los que se consagran a su obra con divino anhelo creador.

Al despedirme de vosotros, queridos jóvenes, siento como si por el solo hecho de dirigiros estas palabras hubiera recibido de vuestra parte un soplo de juventud y presiento que el sol estival y las playas y los aires de mi patria os darán nuevas fuerzas para continuar en la lucha por los ideales comunes a los buenos hijos de la gran patria americana.